
El Caballo de Troya del multiculturalismo

BENIGNO PENDÁS*

CONVIENE, ante todo, aclarar las ideas acerca del título de esta conferencia. «Caballo de Troya» está más o menos claro, en parte gracias a Homero, pero sobre todo a causa de de Brad Pitt y su película historicista. Pero, ¿qué es multiculturalismo? El pensamiento contemporáneo no sólo es «débil», sino también confuso y caótico. Multiculturalismo: muchas «culturas». Aquí se mezcla casi todo: inmigrantes y minorías étnicas; indígenas y aborígenes; jóvenes y (mucho menos) ancianos; ateos y minorías religiosas; homosexuales; sedicentes naciones sin Estado; incluso las mujeres, todas sin excepción... A simple vista, el noventa por ciento de la humanidad se sitúa en el bando de los «oprimidos» frente al prototipo del «opresor»; esto es, varón, de raza blanca y nación dominante, creyente y heterosexual. Más o menos, el viejo *politikós* griego o el romano titular del *status civitatis*, aproximadamente el diez por ciento de la población total.

Sobre estas premisas, el multiculturalismo es una ideología que a veces se disfraza de objetividad científica para la descripción de la sociedad contemporánea. Es arriesgado jugar a las profecías en materia social y política, pero creo no equivocarme si digo que dejará poca huella en la Historia de las Ideas, vieja y sabia disciplina que desprecia las algaradas mediáticas. Confluyen aquí varios elementos de ese «odio a la burguesía» que denuncia F. Furet: a veces, es muy curioso, se odia a sí misma. Muchos multiculturalistas son gente madura, lectores juveniles de *En el camino* de Kerouac o de aquellos libros incoherentes que proclamaban

* Benigno Pendás, es Profesor de Historia de las Ideas Políticas, Universidad Complutense de Madrid.

Este texto corresponde a la conferencia pronunciada por el autor en la Fundación FAES dentro del ciclo «La sociedad abierta, hoy: defensores, detractores y desafíos».

el surgimiento de una contracultura para solaz de quienes ignoraban la cultura auténtica. Los objetivos de la nueva ideología son muy precisos. A falta de proletariado militante, se reclama ahora la lucha por expresar la propia identidad, con aire de desafío y revancha sobre la mayoría dominante. Mayoría supuesta, como se dijo, porque la proliferación de minorías irredentas desborda la capacidad de opresión de cualquiera. Lo peor de todo: dicen que todos somos diferentes, pero que todos valemos lo mismo. No se refieren, claro está, al ámbito sagrado del respeto moral y de la equivalencia jurídica sino al plano inaceptable de una supuesta igualdad cualitativa. Se llame «acción afirmativa», relativismo cultural o política de cuotas, consigue siempre vulnerar el principio de mérito y capacidad y el derecho de los mejores a la excelencia. En síntesis y sin medias palabras: el proyecto multiculturalista conduce en línea recta a rebajar «la altura de los tiempos», según la feliz expresión de Ortega.

La crisis del mundo moderno se traduce en muchos fracasos simultáneos. Es, ante todo, la crisis del Yo, la destrucción del sujeto individual pensante, aunque sólo se admitiera su existencia –en términos de Hume– como una simple «pauta organizativa». El eje de la ética occidental se desplaza sin remedio: ya no hay libre decisión, responsabilidad y culpa, sino –según el eterno modo oriental– mera destreza psicológica para sortear las dificultades de la vida. La mejor literatura anticipa la explosión incontrolada del sujeto. Por ejemplo, Clarín: nuestra Regenta asturiana se siente algunos días «multiplicada en fragmentos», gesto postmoderno donde los haya que no le sucede, por cierto, a la muy francesa, burguesa y egoísta, pero también estupenda, Emma Bovary. Ya para siempre, Hermann Broch tritura y luego reconstruye a su personaje principal en la excepcional narración de *La muerte de Virgilio*.

Como es notorio, el arte ha padecido antes y peor que nadie las consecuencias de la explosión. Leamos al famoso Arthur C. Danto: «cualquier cosa puede ser obra de arte...», «cualquier material sirve...», y otras muchas generalidades que pueblan su libro –muy elogiado– sobre la transfiguración del lugar común. En todo se puede ir a peor. Escuchen, por ejemplo, esa «música sobre música» (conocida como *borrowing*) o la «música de fusión», que ataca la concepción de la individualidad como valor musical, como bien explica Tomás Marco. En el espejo, siempre lo mismo: la destrucción del Yo.

La crisis del capitalismo clásico es cuestión también muy desarrollada por sociólogos y economistas. Fin del capital productivo, del sector industrial, de la ética del esfuerzo y la austeridad... Llega el capitalismo *soft*, sonriente y amable, orientado al consumo y no a la producción: el mundo de los centros comerciales, los parques temáticos y los *reality shows*. El «planeta Kurtz», dicen algunos. Capitalismo «de ficción» lo llama Vicente Verdú, en libro reciente de agradable lectura, muy en línea con los tiempos.

La última crisis, tal vez la más grave, hace referencia a la geografía, concebida al modo clásico como «mapa del mundo». Fin de la teoría eurocéntrica. Hegel prohibido: «África no forma parte de la Historia». Otra vez los mejores entre los nuestros están en el origen de esa relación de amor y odio. Hay que leer de nuevo *El corazón de las tinieblas*, la obra capital del anglopolaco Joseph Conrad. Todo empezó con el siglo de las luces, a partir de la crisis de la conciencia europea que describe Paul Hazard. Otra vez igual. La Ilustración adora la razón pura, pero cae fascinada por el exotismo. El indígena de Voltaire se ríe de aquellos «infames refinados» de los salones parisinos. El mal de Occidente: modas absurdas; lujo frente a la austeridad; apología del frívolo, que ni siquiera es transgresor o libertino, sino un simple fatuo que se comporta de manera ridícula. Élite ficticia, progresismo sedicente, fuente de tantas desgracias.

El pretexto teórico del multiculturalismo procede de vías muy diversas. Algo tienen que ver los comunitaristas, con su vieja obsesión contra el mecanicismo liberal, culpable según ellos de producir una sociedad de individuos aislados y sin arraigo. Recuérdese a David Riesmann y la «muchedumbre solitaria». Surge la evocación desde una lectura reciente, *Solo en la bolera*, libro de moda de David Putnam, muy entretenido. Vuelve, en fin, la nostalgia del romanticismo. Teoría organicista que identifica erróneamente la naturaleza sociable del ser humano con los ídolos de la tribu protectora. Así, la «cultura» del grupo es concebida como un bien en sí misma, con ecos no tan lejanos del *Volksgeist* de los historicistas alemanes, «la tenebrosa fragua del Espíritu del Pueblo...». Cuando estamos a un paso del nacionalismo excluyente, se apunta al juego del progresismo sectario y exige que se reconozca la calidad de todos los grupos por igual. Ya tenemos la yuxtaposición de diferencias jaleada como reflejo de culturas equiparables. Como tantas veces, los liberales son

acosados desde la derecha y desde la izquierda. Se parecen más de lo que imaginan (y de lo que les gustaría) Charles Taylor, en *El multiculturalismo y la política del reconocimiento*, y Will Kymlicka, en *Ciudadanía multicultural*: derechos colectivos, expresiones poliétnicas, escaños garantizados. Siempre en contra de la libertad individual y de la igualdad ante la ley, porque vuelven los privilegios estamentales del Antiguo Régimen, el mandato imperativo y los «cuadernos de instrucciones». Frente al Estado neutral, promoción de la diferencia a cargo de los poderes públicos. En todo caso, el grupo marca su frontera: se siente oprimido, exige reconocimiento y, en cuanto sea posible, gracias a la financiación de todos, reclama la secesión. Lo peor, sin duda: dedica en exclusiva su esfuerzo a cuestiones de identidad; contempla el universo entero bajo el prisma de la diferencia; convierte las relaciones humanas en una dinámica de agravios...: «el odio tiene ansia de provocación», decía, valga la nueva cita, Joseph Conrad. Por último, pero *not least*, el grupo genera su propia élite, que vive (en sentido estrictamente material) de una apología magnificada de la diferencia. Folklore y artesanía; ferias, congresos y exposiciones; con suerte, un poder público para ellos solos. Apoteosis identitaria. Subvenciones por todas partes... Paraíso multicultural.

Sigamos con el análisis ideológico. Muchos tópicos de la izquierda continúan vigentes. Todo se mezcla, pero al final se trata de acabar con el Estado-nación y la soberanía popular, con la sana intención de repartir los despojos, todavía succulentos. La izquierda da por perdida la batalla socioeconómica, se queja Richard Rorty, patriarca del progresismo norteamericano. Se trata ahora de ganar para la causa a las personas «infraclase», carentes de identidad, gentes expulsadas del espacio social y destinados a los «no-lugares»... Es el mundo de los refugiados, los «sin papeles», los «sin techo», y también de la droga, del fracaso escolar, de la quiebra familiar. Son seres humanos, dicen, no necesarios para completar el ciclo económico capitalista... El análisis es inteligente, pero falso. Observa Sartori que la izquierda derrotada en la lucha de clases busca «nuevos proletarios» para seguir en el púlpito. Tiene razón. Pero, mientras tanto, la derecha contempla triunfalista la subida de la bolsa y regala sin lucha ese «poder espiritual» que decide el curso de la historia.

¿Qué ocurre cuando el grupo actúa de forma agresiva contra los derechos individuales? Hablamos, por ejemplo, del velo islámico. Todo un

símbolo: en Francia, las religiones se oponen al proyecto, ya aprobado por el Gobierno, que prohíbe en la escuela los signos religiosos «ostensibles», secuela de la vieja tradición laica y republicana; más lejos aún, de la teoría de la soberanía en Bodino, a saber, el Estado políticamente fuerte y religiosamente neutro. A pesar del «18 de brumario» padecido por la V República en las últimas elecciones presidenciales, la tradición persiste: téngase presente que en la Comisión promotora del proyecto, presidida por el democristiano Bernard Stasi, figuran, entre otros, Régis Debray o Alain Touraine. Tal vez por eso no faltan concesiones simbólicas al signo de los tiempos: se recomienda incluir fiestas islámicas y judías en el calendario escolar, introducir poco a poco la enseñanza del árabe y el bereber, y hasta designar una especie de capellán castrense de religión musulmana. El asunto es muy serio y merece una reflexión matizada. Es verdad que velo, burka y otras prendas similares expresan la sumisión de la mujer, producto de su impureza. Pero no es el caso, como es notorio, de la cruz de Cristo. Por lo demás, el derecho a declarar la propia fe es un derecho fundamental: la libertad de conciencia, el respeto a la disidencia religiosa, se sitúan en el origen mismo del mundo moderno. En el plano estético, no es fácil justificar la prohibición de velos, cruces y estrellas de David, aunque sean «ostensibles», mientras proliferan tatuajes, *piercing* y otros elementos a veces de muy mal gusto. Desde un punto de vista práctico, aplicar restricciones a la escuela pública puede favorecer la expansión de «madrasas» y centros controlados por la ortodoxia radical, fuente doctrinal –como es notorio– del fundamentalismo que odia los valores de Occidente. Asunto, en fin, endiablado, que abre heridas anticlericales y relativiza las posiciones ideológicas de unos y de otros. Las víctimas lo tienen todo muy claro: mientras se desata la polémica en París, la abogada iraní Shirin Ebadi, Premio Nobel de la Paz en 2003, llega a Oslo vestida al modo occidental y, por supuesto, sin velo.

El problema reside en que casi nadie se atreve a decir la verdad. El emigrante de todos los tiempos y lugares huye de un pasado miserable, producto tal vez de una injusticia cósmica que –en todo caso– no está en su mano remediar. Tampoco en la nuestra. Si les dejamos (o, lo que es peor, si les «exigimos») reproducir aquí la cultura de allí estamos haciendo imposible la liberación. El multiculturalista desconoce el derecho imprescriptible de cada persona a romper con la tradición, el derecho a la postmo-

derinidad, la libertad de incorporarse –aunque a nosotros no nos guste– a nuestro mundo de centros comerciales, ciudades dormitorio y empleos precarios. El multiculturalista hace chantaje a cualquiera que trata de razonar. Fomenta así (supongo que de buena fe) un clima de opinión que deriva fatalmente en extremismos populistas, porque no soluciona el problema ni deja solucionarlo a los partidos serios y democráticos. Estos, a su vez, abandonan el campo y prefieren jugar al eterno sofisma de la corrección política. Ya está completo el círculo vicioso.

En España, antes del 11-M, la moda era también mirar para otro lado. Seguro que recuerdan el libro de Mustafá Kemal, imán de Fuengirola, aclarando dónde, cómo y cuándo hay que pegar a la mujer de acuerdo con el Corán. Tibias feministas y progresistas varios mostraban «comprensión» ante la «diferencia cultural»: en el Islam no se debe innovar, se trata de testimonios medievales... Muy bien por la idea de progreso y sus juglares. Después del 11-M... el asunto es complejo y merece una reflexión a fondo, que habrá que abordar cuando la ocasión sea propicia.

En un buen trabajo publicado por FAES («Multiculturalismo y democracia», en el volumen *Identidad cultural y libertades democráticas*) Fernando Vallespín hace notar que las democracias liberales muestran «cierta incapacidad» para lidiar con los conflictos derivados de la creciente diversidad o pluralismo cultural interno. Tal vez, como vengo diciendo, porque mezclan sin sentido cuestiones heterogéneas. Los canadienses inventaron –eso parece– el término «multicultural» para envolver en papel de regalo las incómodas reivindicaciones de Québec. Por ahí se cuelan después docenas de frustraciones históricas y algunos irredentismos sin sentido. Lo peor, creo, es la fiebre helenística que padece nuestra civilización, que paraliza la voz que proclama la superioridad moral, política y cultural sobre otras civilizaciones y otros compartimentos. Por eso, el multiculturalismo como ideología esconde una falacia y una injusticia. Engaña a gentes de buena fe en nombre del respeto y la tolerancia hacia la maldad. Conseguirá, si le dejamos, crear nuevos guetos discriminatorios y, peor todavía, si deriva en integración masiva, va a favorecer el surgimiento –dice bien Sartori– de «contraciudadanos».

El liberalismo, en cambio, cree en el individuo; en sus derechos y libertades intransferibles al grupo; en la libertad de comparar y de optar por lo mejor y descartar la mercancía averiada. Cree, sobre todo, que la

civilización occidental, con su grandeza y su servidumbre, ha creado la sociedad menos injusta de la historia gracias a la democracia constitucional, el capitalismo productivo y la multiplicación de las clases medias. Pero el hombre vive fatalmente en precario, condenado a ganar cada día una parcela minúscula de justicia y de prosperidad. ¿Hacemos cada día lo necesario para merecerla?

BIBLIOGRAFÍA

- Azurmendi, M. (2003): *Todas somos nosotras. Etnicidad y multiculturalismo*, Taurus, Madrid.
- Bauman, Z. «Exclusión social y multiculturalismo», en *Claves de Razón Práctica*, Madrid, nº 137, pág. 19 y sigs.
- Broekman, J. (2003): «Multiculturalismo», en *Persona y Derecho*, Pamplona, nº 48, pág. 15 y sigs.
- Delgado-Gal, A. (2004): «Multiculturalismo e integración», en *Varios Autores, Hacia una nueva identidad*, Fundación Santander Central Hispano, Madrid, pág. 77 y sigs.
- Kymlicka, W. (2003): *La política vernácula. Nacionalismo, multiculturalismo y ciudadanía*, Paidós, Barcelona.
- Marzo, J. L. y Roig, M. (eds.), (2002): *Planeta Kurtz*, Mondadori, Barcelona.
- Putnam, R., D. (2002): *Solo en la bolera*, Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, Barcelona.
- Sartori, G. (2001): *La sociedad multiétnica, Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*, Taurus, Madrid.
- Sánchez Cámara, I. (2003): «Integración o multiculturalismo», en *Persona y Derecho*, Pamplona, nº 49, pág. 163 y sigs.
- taylor, C. (1993): *El multiculturalismo y la política del reconocimiento*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Vallespín, F. (2002): «Multiculturalismo y democracia», en *Identidad cultural y libertades democráticas*, FAES, Madrid.
- Verdú, V. (2003): *El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción*, Anagrama, Barcelona.